

El anticuario

Carlos Leoncini

EL

AL

Capítulo 1

Me desperté de ese sueño que tengo a menudo, desnudo vibrando en el helado sofá cama lleno de su ausencia. En ese campo de batalla, extendí el brazo queriendo sentirla, quedé enredado entre sábanas que aún albergaban los perfumes y el sudor de la pasión junto a una serpenteante fumata de sándalo ardiente. La memoria de sus caderas moldeaba mi cuerpo en el vacío y mis labios secos de tanto besarla, extrañaban los suyos. Era todo lo que me quedaba después del mejor sexo que había tenido en mucho tiempo. En la cocina, en lugar del desayuno, otra vez la misma canción: que no me amas, que no quieres que me mude contigo, ¿y por qué no podemos vivir juntos?, gruñía mi novia una vez más. Ese día como tantos otros, se fue dejando atrás de su furia, un portazo que casi mata de un infarto a mi gato Jonás.

Roxi era muy bella, joven e idealista y juro que la amaba a pesar de que su objetivo era un amor civilizado. Mientras que mi corazón corsario se dejaba llevar por los mares de la vehemente pasión y los vientos del deseo. Me preguntaba si sería posible alcanzar el equilibrio entre el amor y el deseo sin morir atrapado en las redes de ninguno de ellos.

La vi casi por casualidad a la salida de la universidad, en la parada del bus. Me dijo que se llamaba Bekia. Estaba allí parada con sus libros de problemas de filosofía II y gnoseología, esperaba el bus 34 igual que yo. ¿Es posible enamorarse de alguien sólo por su nombre? Los hombres encontramos los pretextos más nimios para enamorarnos. Esta es una de mis mayores debilidades. Hasta ese día, había considerado aquello del flechazo de Cupido como una cursilería del siglo XIX.

Siempre pensé en la importancia que tienen las palabras para iniciar una conversación. Seleccionar la palabra correcta, es como elegir la llave que abre una puerta o la deja cerrada definitivamente. Pero esta vez, esa maquinaria del pensamiento no importó, porque ella avanzó en mi mundo como en un sueño y me saludó primero. Simplemente me preguntó qué hora era, le respondí que la mejor hora del día.

Nunca tomamos ese bus. En su lugar nos tomamos un Uber y muchas birras en un bar del barrio de Palermo Soho. El alcohol se apoderó de nuestros sentidos y perdimos toda noción del tiempo y el espacio. Éramos ella y yo en esa nave espacial temporal, nuestro universo. Sin darnos cuenta de que ya no quedaba nadie a nuestro alrededor, el bar fue apagando las luces.

El muchacho que nos atendía retiró las sillas que estaban en la vereda una por una con lentitud cómplice. Sólo la luz sobre la botonera de la antigua caja registradora iluminaba la barra como si fuera un escenario sin actores, hasta que llegó nuestro turno. Nos levantamos despacio y nos

fuimos caminando como turistas de la noche bonaerense.

Ella se aferró a mi brazo para mantenerse en equilibrio. Nos teníamos el uno al otro de contrapeso. De ese modo podíamos sostenernos en pie entre adoquines y tropezando de tanto en tanto por culpa de baldosas rotas ocultas en las sombras de la noche. Caminamos despacio tomados de la mano y nos paramos en cada esquina mirando si pasaba alguien como excusa para perdernos en remolinos de besos y lenguas. Las palabras ya no eran tan importantes porque lo que importaba eran los gestos, el encantamiento de las miradas, el movimiento de los labios, su cabello revuelto y su falda corta dejando escapar mucho más que sus rodillas. Aunque los dos sabíamos cómo terminaría la historia dilatamos el final. Quisimos congelar el tiempo como en aquel maravilloso film *Antes del atardecer* con Ethan Hawke y la sensual Julie Delpy. Nos poníamos en pausa con cada beso, haciendo que el mundo dejara de girar, pues nada más importaba.

Sin saber cómo, llegamos al edificio de mi departamento. Saqué el llavero de mi bolsillo y las llaves se me escurrieron entre los dedos como peces. Ella sujetó mis manos torpes entre las suyas para evitar que cayesen al piso. Juntos empujamos el pesado portón de hierro con ventanas de cristal biselado de la entrada. La cadena de izado del ascensor Otis, otra vez estaba trabada, así que fuimos por las escaleras hacia el primer piso entre risas y tambaleos. Sus zapatos de tacón hacían rechinar los antiguos tablones del piso de madera. Doña Irene, la encargada de la administración del edificio, entreabrió la puerta para asomar su nariz y ver de qué se trataba todo ese alboroto o quizás sólo para tener otra historia que chismorrear. Si se decidiera a publicar sus memorias de chismes y habladurías sobre el consorcio y sus inquilinos, sorprendería desbordando volúmenes por los ventanales de la biblioteca Alexandrina.

Bekia se quitó los zapatos con cuidado de no hacer ruido y como una gata apoyó delicadamente sus pies desnudos en puntillas. Pero las tablas reseca de los escalones crujieron aún más, como el viento contra los mástiles de un galeón pirata. Quedamos congelados por un instante, nos miramos y no pudimos contenernos. Nos echamos a reír a carcajadas como dos niños tentados en medio de una travesura. Llegamos jadeantes hasta el primer piso, con el último aliento y los ojos húmedos de lágrimas de risa. Abrí la puerta del 1A. Nos quitamos los abrigos y los dejamos caer al piso uno sobre el otro. Ella sacó un par de birras de la heladera y yo puse un vinilo de Norah Jones. Nos desplomamos sobre el sofá cama del living. Hundidos en los almohadones de plumas, quedamos muy cerca uno del otro mientras nos envolvía la suave voz de Norah y su piano. Ardíamos de pasión pero queríamos congelar el tiempo, preservar el deseo hasta la eternidad. Ese momento de juegos justo antes de la consumación, poder someter la voluntad.

Es siempre hermoso acabar pero existe un instante infinitesimal entre un lado y el otro de la cima, una cuerda de adrenalina por la que los amantes transitan como equilibristas sin red antes de dejarse caer al abismo.

Nos dejamos llevar entre miradas, risas y roces. Mis manos reptaron por sus piernas dejando la falda como un acordeón hasta encontrar los muslos y sentí la piel inflamarse como el papel de un porro. Nos besamos y caímos en picada como en una montaña rusa, ya no había vuelta atrás.

Nadie puede detener el tiempo pero no hay reglas para repetir. Poseídos por la belleza incendiaria de la pasión y el deseo, lo hicimos una y otra vez. Al final, sólo vencidos por su propia lasitud, nuestros cuerpos quedaron fundidos el uno en el otro. Por un momento imaginé la marca en las maderas del piso carbonizado y nuestras ropas humeantes flotando ingravidas a nuestro alrededor. Esa sí que sería una buena historia para doña Irene.

En ese rock and roll, no hubo fronteras y quedamos dormidos en el piso, arrollados entre sábanas y edredones. Después ya no recuerdo que pasó. Pero al despertarme, Bekia ya no estaba junto a mí. El gruñido inquisidor de mi celu rompió el silencio del living. En la pantalla negra pude leer: ROXI. Era un mensaje de mi novia:

Hola Amor. Hoy me mudo a tu piso...tipo 7, te parece?

Pero no respondí a su mensaje. Ella igual se mudó. Llegó a las 6:30 p.m. Tenía todo bien planeado. Quiero decir, siempre fue una persona muy organizada para proyectar el futuro propio y el ajeno. Toda su vida estaba escrita en un diario mental. En uno de esos capítulos, estábamos ella y yo. Paso a paso, sin misterio ni sorpresa, un destino previsible.

Mi novia acomodó sus cosas en los cajones del lado derecho de la cómoda de mi habitación. Al igual que mi alma, el sofá de la pasión quedó vacío y solitario, en silencio, guardián de mi secreto. Más tarde comimos algo, bebimos y tuvimos sexo en la habitación después del mejor sexo que había tenido en mucho tiempo. El sexo con Bekia fue el mejor.

Roxi y yo nunca nos amamos en el living, mucho menos en el sofá. Juro que la amé y mientras vivimos juntos siempre le fui fiel. Pero lo que tuvimos con Bekia fue único, mágico. No sé qué pasó pero mi cerebro seguro que no estaba al mando. Con Roxi tuvimos amor pero ese amor extinguió la pasión.

Después de un mes rompí con ella luego de confesarle mi aventura y entre lágrimas y reproches se fue de un portazo con el que Jonás esta vez ni se mosqueó. Nunca más volví a verlas. Ni a Roxi ni a Bekia. A pesar de que la busqué durante días en la parada del 34. Pregunté por ella a desconocidos, vagué entre todos los bares del Soho, hasta en el fondo de

cada botella y en el final de cada porro, gritando su nombre en la oscuridad cómo un perro loco que le ladra a la luna.

Llegué a pensar que todo había sido un mal sueño. Odié a todos los dioses y a la hija de Afrodita por su intransigencia puesta en la misión de hacerme perder la cordura al presentarme al amor y a la pasión como amigos inseparables.

La seguía viendo como a un fantasma en cada uno de los lugares por los que anduvimos y a veces tenía la sensación de que al llegar, la vería allí esperándome con una mueca sarcástica, apoyada contra la puerta de entrada. La odié y la perdoné miles de veces y mil veces más.

Por mucho tiempo deambulé como una sombra entre las sombras de la noche, como un desalmado. Turista solitario en una ciudad fría e indiferente que me daba la espalda con desinterés.

Un día, caminando por el barrio me paré en un anticuario de esos que venden cosas de épocas perdidas en el tiempo. Supe que estaba vivo cuando parado frente a la vidriera pude ver el reflejo del que alguna vez fui. Entré y sentí el olor del olvido saliendo del laberinto de lámparas, muebles, espejos y otras tantas cosas que sólo encajarían bien con la decoración de una casa abandonada. Me llamó la atención una antigua balanza de precisión con platillos. Estaba sobre una vitrina espejada junto a otros artefactos que parecían de una botica. El fiel, que es la aguja que marca el equilibrio a ambos lados de los platillos, estaba clavado en el cero. Me quedé mirándolo por un largo rato. Al punto de obsesionarme, sin poder evitar pensar en su difícil misión de mantener el equilibrio entre dos lados iguales pero opuestos. Hasta que decidí extender un brazo entre los objetos para tratar de tocarlo, cuando fui sorprendido por la guardiana de los objetos olvidados en el tiempo. Una señora de baja estatura, pelo blanco que olía igual que el lugar. Una mezcla de maderas humedecidas, hierros oxidados y mohos.

—Buenas tardes. Le interesa algún objeto —me dijo la ancianita muy amable quien llevaba las manos puestas detrás de su espalda.

—Buenas tardes. Sólo quiero ver si es real, si es posible.

—Sí claro. Así se pesaban las cosas en mi época. Le cuento: en un plato se coloca lo que se quiere pesar, en el otro una pesa para balancear a modo de contrapeso— a continuación sacó un plumerito con penacho de avestruz que sacudió como si fuera una varita mágica, para sacar el polvo de la vitrina.

—Me refiero al fiel— la señora me miró sin entender del todo lo que le decía.

—¿Se refiere a si funciona el mecanismo? Sabe usted, esa es una pregunta interesante.

—Quiero decir si es real, si es posible alcanzar el equilibrio— le dije con una sonrisa y ella guardó el plumero y en ese instante la aguja se movió hacia

un lado y el fiel se puso en movimiento.

—Como le dije, es una pregunta interesante que no sabría responder.

Y me quedé mirando el fiel balanceándose con desesperante suavidad, yendo sin prisa, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, en un intento infinito de centrarse en el medio de la escala.

FIN

Autor: Carlos Leoncini